

Crónicas de Hugo

## La Sorbona

Subí por la avenida derecha; tercé a la izquierda por la carrera Unión; rumiando mi último lance iba cuando llegué a Maracaibo. En una ventana de esas modernas con ancho alféizar de cemento, que don Roberto Salazar llama de guillotina había apertura de caras conocidas.

—Quihubo! que tal? Qué hacen aquí?

—Ya lo vés; por ahora mirando la salida de estas chicas colegialas. (Oh, siempre las colegialas; siempre las mismas! Qué tendrán esos uniformes que influencian tanto sobre los estudiantes?)

—Y tenemos música, eh?

—Ajá! Entre pa que s'empape.

Entré: Un zaguán angosto y corto como un cuadrado pequeño. Una puerta, contraportón. Un pasillo, continuación del zaguán, que hace, en parte, de patio. A la izquierda, un teléfono. ¡Oh! un teléfono que contesta y que pregunta, lo mismo al panadero de la esquina que a la hermosa dama, sueño dorado de algún estudiante! Luego al mismo lado, una puerta y un cuarto. Adentro, en el cuarto, dos camas serias, correctas; una mesa con libros, con papeles, con tinta y plumeros, un block y una cenicera; dos taburetes; una repisa con aparatos de toilette; en un rincón, y en el suelo, más libros en envoltura belicosas; una ventana a la calle, y, nada más. tal cual debe ser un apartamento de estudiantes. Después, en riguroso orden, otros tres cuartos; los dos primeros, apartamentos de estudiantes; el último sirve de refectorio. Hacia el centro del patio, un grupo de músicos en alegre tocata; es la murga Escueminas, esa murga de los Viecos los Pavías, los Boteros, los Garcés y los Pinzones, que debiera sacrificar su perecitis en aras de su espíritu artístico y de la alegría de la escuela. Al final del pasillo, unas mesas enfiladas militarmente sirven de comedores. Desde allí, y a la izquierda, se domina otro pasillo más angosto que conduce a la cocina, de muros, tapizados de platos hondos y de circunferencia respetable. Al final del primer pasillo, con frente al contraportón, la puerta del cuarto del administrador. Tal fue mi primera impresión de "La Sorbona".

Mientras la murga toca su alegre "Venezolano", entro a la oficina del administrador.

—Qué tal, Manuel, cómo estás?

—Mucho gusto . . . siéntate.

—Cómo marcha la pensión?

—Divinamente. Vivimos en perfecta armonía y muy contentos.

—Y cómo se te dio por meterte en estas andanzas?

—Cosas de las circunstancias, mi querido Hugo. Cuando la vida pone hosca la cara, hay que llevarla con paciencia y con táctica. Mis estudios tambaleaban por motivos de crisis, esa maldita crisis de los pesos que tantos estragos hizo, hace y hará. Y yo no debía claudicar; era vergonzoso huir sin hacer frente. Como necesitaba vivir, puse los medios. Después de salvar escrúpulos por cientos, incité a unos de mis condiscípulos y amigos, y fundamos esta pensión. Yo asumí toda responsabilidad.

—Y no encontraste grandes obstáculos?

—No faltaron y muy respetables. Mi condición de estudiante amedrentaba a todo el que conocía mis proyectos, pero supe persuadir porque tengo fe en mí mismo.

Encendemos un cigarrillo y fumamos. Manuel Reyes C., mi interlocutor, es un estudiante de cuarto año de ingeniería. Hay en sus palabras un tinte de seriedad bastante raro; sus frases son sobrias, respetables; revelan al muchacho juicioso, emprendedor, al santandereano valiente y activo sin ser revoltoso; su porte correcto hace que cuando se habla con él substituyamos nuestra peculiar camaradería de estudiantes por un trato más prudente, más grave.

—Aún me causa risa, continúa, el recordar la seriedad desconcertante de Horacio Ramírez cuando me preguntó: "Manuel, y la pensión tiene platos?"

En ese momento entra Alfonso Pavía, se excusa, y saca de un depósito dos paquetes de Pielroja, hace dos rayas frente a su nombre escrito en una lista fija en el muro, y sale muy orondo. Manuel nota mi extrañeza y me explica:

—Es que yo les compro cigarrillos; el que quiera fumar saca los paquetes que deseé y los anota aquí en esta lista; al final del mes él mismo liquida y cancela.

—Y las equivocaciones? —arguyo imprudente.

—Chitz . . . Ni las ha habido ni las habrá; somos buenos matemáticos y perfectos comunistas.

—Y cómo haces para mantener surtido?

—Ese fue uno de los problemas. El doctor Roberto Arango, muy amigo de esta casa y alto dignatario de la Colombiana de Tabaco, me presentó al doctor Rafael Uribe Piedrahita, gerente de la

fábrica en Medellín; desde entonces "La Sorbona" tiene allí amplio crédito; no sé a cuál de estos dos señores debo agradecer más. Ya ha obscurecido; empiezan a llegar los comensales. Desde mi asiento puedo observar a los clientes. Los músicos se marcharon. Pavia, cuyas iniciales A. P. G. aclaman al Armónico Poderoso Guitarrista, pulsa todavía, hábilmente, su guitarra española, y tarea con voz pulcra y rizada como su peinado impecable, su trágico "No hay burro que no rebuzne . . . ". Alberto Jaramillo ríe, ríe con su risa sui-génesis, festiva, aparatosa, resonante. César Cue-  
llo acaba de entrar con su dilecto Alberto Donado. Qué gemelos estos tan disímiles! Cuello es esencialmente costeño; vive en **qui-chiqueos rumbísticos** a cuyo compás mueve la pata en estrafalarios semicírculos, ovoides, hélices y lemniscatas en tanto que con la mano izquierda se aprieta el tórax abrazando la solapa de su saco, y con la otra, extendida en el aire, describe conos invertidos de muy poca pendiente. Donado, futuro galeno, al contrario, es circunspecto, callado, casi taciturno; con sus cabellos lacios echados atrás con tirantez inusitada, con sus catalojos claros y con su porte señorial hace pensar en un aristócrata estudiante del siglo XIX.

Apetitosos olores a carne sudada y a sopa de gallina llegan a nuestras narices. Claro! hay que ver con qué pericia revuelven rebanadas Gerardo Botero y Rafael Uribe Uribe (Al. General), y cómo impregnan de salsa las regordetas papas y cómo impregnan de papas las regordetas bocas. Más allá acaba de sentarse Joaquín Escobar; se recalca los anteojos, aprieta su corbata, afloja su correa, desdobra la servilleta y está listo, muy listo; todo lo hace con elegancia y con primores de fiesta. Casi junto está el doctor Mario Aramburo; su seriedad de profesional y de parlamentario no le impide inmiscuirse en las jocosas charlas que tonifican las crónicas salerosas de Vicente Gartner y los chistes oportunos de Bernardo Naranjo. Juan H. Alvarez hace ahora su aparición; estuvo toda la tarde leyendo "Para la Historia" o "Panegíricos y Discursos"; por lo menos eso expresan sus facciones adustas, el ceño fruncido y la elocuencia espectacular que gasta al declamar un trozo de Valencia o de Laureano (para el caso es lo mismo). Carlos Pizano discute afablemente con Horacio Ramírez; parece que disertan sobre filosofía de las matemáticas o sobre política filosófica, qué voy a saber!, quién va a saber! Allí están los psicólogos Aramburo, Gartner y Jaramillo ellos pueden hablar sobre el particular. Arturo Montes acaba de tocar el timbre; pide su comida; probablemente ha sido feliz en alguna parada donjuanesca porque viene alegre, dicha-

chero, expresivo por lo menos su rostro oriental no es el rígido y terso del matemático metido a periodista; su gesto inflexible que, en consonancia con sus anteojos de carey, con sus pulgares hundidos en el chaleco y los otros dedos desplegados en actitud genial caracteriza al ministro Turbay, se ha tornado esta vez risueño y expansivo como una primavera.

—Siempre es esto así animado, amigo Manuel?

—Casi siempre; la juventud es jovial.

—Dime esto: en la Escuela saben que existe "La Sorbona"?

—No sólo allí ;la casa tiene muy buenos y honorables amigos; algunos de ellos nos han honrado con su visita.

—Ah, si he sabido que aquí han venido de visita doña Carmelita Mejía de Arango y su señorita hija doña Emilia, su Majestad doña Inés I, doña Rosita Cuellar, el doctor Jorge Rodríguez, el doctor José María Vieira, el doctor Hans Stuhlman, don Jaime Barrera Parra, don Saúl García y qué se yo cuántos más, y que han gustado las viandas apetitosas de "La Sorbona" . . . (Mi interlocutor sonríe complacidamente).

—Sí, hombre; esos señores, a quienes agradezco merecidamente, nos han honrado con su presencia aquí. Lo de apetitosas viandas sí debes quitarlo; aquí a los visitantes se les sirve de lo que comemos diariamente; si así no fuera no habría gracia.

Me despedí ;eran las ocho y empezaba a llover; los patos debíamos salir ya.

Después he vuelto con frecuencia a "La Sorbona". He observado su organización sólida y seria. Hay allí una armonía admirable. Cada cual paga lo que gasta, nada más, nada menos. Es un socialismo limpio, ideal. Se respira mucha alegría, mucha vida: la alegría y la vida que irradia la juventud sana, esa juventud posesionada de su papel en el mundo, henchida de vigor, de entusiasmo y de fe en el porvenir.

Medellín, mayo de 1934.

## Erratas

En el número anterior, página 107, línea 5, donde dice "... se descubrió, y recubrió la cimbra . . ." léase "... se descubrió y se corrió la cimbra . . ."

En el mismo número, página 108, línea 11, donde dice "puntas", léase "juntas".